

Natalie Figueroa

03/01/23

SF703 Formación Espiritual

Reflexión – Ponga orden en su mundo interior

“¿A dónde te fuiste?” Esa es la constante pregunta. Cuando viene de alguien que me conoce, no me sorprende tanto. Pero cuando alguien que no sabe lo suficiente para ser catalogado como más que un conocido me hace la pregunta, me doy cuenta de que definitivamente es algo más que simplemente mi manera de ser. Paso mucho tiempo en mi cabeza. Siempre he sido así. Cuando pequeña era un mecanismo para evitar el aburrimiento. De adulta ya no me cuento historias, pero sí paso mucho tiempo, incluso rodeada de otros, perdida en pensamiento. Pienso en mis preocupaciones, tratando de resolver problemas, pensando en cómo pude haber contestado mejor algo o en todas las posibles consecuencias de mis decisiones del día. Incluso en mis momentos de oración, no vengo preparada para orar sino para usar a Dios como un “soundboard” para tirar mis ideas y mis planes de resolver los problemas o preocupaciones. Me mantengo ocupada. Me quejo, pero me he dado cuenta de que busco siempre estar ocupada. Lo más ocupada posible para poder desatender las cosas con las que no quiero trabajar. Lo suficientemente ocupada para preocuparme y nopensar. Pienso en la idea de lo que sería la vida ideal y la imagen que siempre viene a mi mente es levantarme por la mañana, mirar el amanecer por las puertas del balcón de mi apartamento y sentir una profunda paz, amor y seguridad. Sentir, lo que pienso es como se siente alguien que ve el mundo a través de los ojos de Dios y que está plenamente satisfecho solo con Él.

Nunca me había identificado como una persona impulsada. No tengo talentos interpersonales envidiables, soy de pocos amigos, tímida, en fin, una introvertida que no hace mucho ruido. Pero cuando leí los primeros capítulos de este libro, mi perspectiva cambio un poco. El impulso está. Mi búsqueda de estar constantemente ocupada no necesariamente está impulsada por mi llamado, incluso, ni siquiera por motivaciones nobles. Hacer, el desenvolvimiento externo y los beneficios que trae tienden a ser prioridad. Macdonald menciona en su libro la importancia de reconocernos a nosotros mismos como administradores y no dueños y trae el ejemplo de Juan el Bautista. Teológicamente entiendo el concepto de mayordomo y confirmo que definitivamente Dios nos creó para ser administradores de su creación en todos los sentidos. Pero se me hace difícil pasar de conocer esta verdad a permitir que ella guie mi manera de vivir. Juan, que le daba prioridad a su relación con Dios, fue capaz de ser mayordomo de lo que Dios le había delegado. Cuando Macdonald trae esto, me recuerda que el conocer algo no es suficiente para cambiar mi manera de vivir. Como invierto mi tiempo y que hago en ese tiempo va a influir más en mi vida que tener porciones de información. El tiempo no regresa y es necesario el saber administrarlo para funcionar correctamente en el ministerio y en la vida. Empecé un nuevo trabajo (por tercera vez en un año) hace poco. La responsabilidad es alta, el conocimiento que tengo es poco, las personas que superviso son complejas y el cansancio que la combinación de estas produce es mucho. Pero lo que ha empeorado la situación, afectando también mi efectividad en el ministerio ha sido la ineficiencia en mi uso del tiempo. Demasiados sí por quedar bien, prometer para fechas que quieren escuchar pero que no puedo cumplir, no saber identificar que se me puede delegar y en que no

vale la pena invertir el tiempo preocupándome han sido factores que al día de hoy afectan todos los espacios de mi vida. Sigo caminando sin poder dar lo mejor de mí porque no administro bien el tiempo. Es necesario asignar el tiempo para corregir conductas que puede con facilidad llevar al punto de tocar el techo.

Hay un sentido de quietud interior que el autor presenta a través del libro. Esta quietud está atada a la relación íntima con Dios. El buscar recargar y reorganizar nuestro pensamiento y prioridades no como un ejercicio propio sino como parte de una conversación constante con Dios. Hace unos meses, comencé a leer un libro titulado *A testament of Devotion* por Thomas R. Kelly. En este libro, Kelly habla de la oración como una práctica interna e incesante. Algo que me llamó mucho la atención e inspiró un anhelo más profundo de una verdadera vida de oración. Macdonald trae un punto adicional a la idea de la oración, no solo como algo que nos mantiene en unidad con él Divino (como le llamaría Kelly), sino como el mecanismo necesario para que nuestras prioridades estén claras. Es mediante la oración (que es algo mucho más profundo que un tiempo separado en nuestro cuarto para hablar con Dios), que la verdad de Dios no solo nos informa, sino que nos transforma diariamente. Macdonald habla sobre disciplinas espirituales como métodos necesarios para poder llegar al orden interior porque mediante estas, abrimos espacios intencionales para escuchar a Dios. Llevo dos años en un proceso de adoptar prácticas que me lleven a una vida de orden interior e intimidad con Dios. Entre ellas, ya llevo un tiempo (aunque inconsistentemente) practicándolas. Algunas de ellas ya he mencionado en reflexiones anteriores en mi proceso de formación espiritual. La situación con las disciplinas espirituales es que llega un punto en la práctica donde hay un total silencio. El silencio te deja en silencio,

la palabra no parece penetrar, la oración rebota del techo y el canto no sale del corazón. Es necesario seguir, sé que es parte del proceso, que este punto inevitablemente va a llegar y que será trascendental en algún momento, pero cuando se llega a ese punto, se siente eterno. A través de las palabras de C.S Lewis citadas por Macdonald, nos recuerda que nuestra insistencia en la disciplina es necesaria aún y particularmente cuando experimentamos la sequedad en medio de ellas. Esto me hace pensar en cómo estos momentos secos son necesarios para aprender a bastarnos la gracia de Dios.

El último punto que resaltó para mí en el libro, fue la importancia de los amigos a través de la vida y del transcurso del ministerio. Nuestros amigos, verdaderos amigos, son agentes de paz interior. Una de las cosas que pensaba cuando leía sobre esto, es en como en los momentos de indecisión y de desorden reciente, lo que hago es que me encierro y me alejo de los amigos. Macdonald recuerda la importancia de estas relaciones, su función consoladora y de claridad particularmente en la crisis y la indecisión. Esto es un punto de suma importancia para mí porque es algo que me reta. Particularmente la observación de tener amistades del mismo sexo y que pueda pasar esas relaciones de algo superficial a amistades profundas e íntimas. Dios definitivamente se ha encargado de traer a mi vida mujeres hermosas que poco a poco se han convertido en amigas del alma, pero me apena admitir que no necesariamente porque yo he sido diligente en cultivarlas. Dios me ha puesto de frente en varias situaciones y ahora también con este libro la importancia de cultivar esas relaciones y de ser difícil, orar por encontrar estas amigas y añadiría, orar por aprender a cultivar las relaciones con ellas.